

Serie cronológica de los Obispos de Quito, desde su erección en Obispado y algunos sucesos notables sucedidos en esta ciudad.

Año de 1845 y siguientes,

---

(Continuación).

### Octavo Obispo.

El Ilmo. Sr. Dr. Francisco Sotomayor, Franciscano, natural de Santome en el Obispado de Tuí. Fué electo Obispo de Quito el año de 1623. Tomó posesión de su Sede el 1625, y el de 1628 ascendió al Arzobispado de Charcas. Gobernó tres años.

En tiempo de este Sr. se doraron las sillas del coro de la Catedral á su costa.

En 1624 se vió Guayaquil en grandísimos apuros con los piratas que en este tiempo se cebaron en el mar del Sur. Hubo noticias desde el año anterior que los piratas del Norte salían con una grande armada á pasar el Cabo de Hornos, lo que consternó demaciado á todos los puertos del Perú. No se temía en Quito por las dos Ciudades de Manta y Pueblo Viejo, porque arruinadas por otros piratas tenían ya poco que perder; pero se temía mucho por el principal y floreciente puerto de Guayaquil. Confirmada la noticia de que habían pasado ya el Cabo, once navíos de línea, y de que Guayaquil clamaba por socorros. El Sr. Ariola del orden de Calatraba actual Presidente de la Real Audiencia, hizo una prontísima leva de la mejor gente de Quito y su comarea: marchó personalmente con élla doblando las jornadas. Los habitantes de Guayaquil temiendo que el socorro llegase tarde, abandonaron la ciudad como otras veces lo habían hecho en iguales circunstancias; mas habiendo llegado la tropa al preciso tiempo sin tenerlo ni para descansar, vieron desembarcar un ejército de ingleses en la inmediata playa, con tanta serenidad y confianza como si llegasen á su propia casa. Recibióles el Presidente con

un ataque tan repentino y vigoroso que los desbarató enteramente, y los puso en precipitada fuga, con pérdida notable de parte de ellos, y con victoria completa de los de Quito.

### Noveno Obispo.

El Ilmo. Sr. Dr. Fray Pedro de Oviedo, Monje Bernardo, natural de Madrid. Fué primer Arzobispo de Santo Domingo, de donde pasó al Obispado de Quito, y tomó posesión de él, el año de 1629. Se trasladó al Arzobispado de las Charcas el año de 1645, y antes de llegar á él murió el de 1649, gobernó 16 años en Quito.

A principios del año de 1645 se comenzaron á sentir en la Villa de Riobamba y su distrito algunos ligeros temblores, á los cuales se siguió por febrero uno tan violento y grande que asoló á todas las poblaciones de la comarca. En la Villa cayeron á plomo casi todos sus vellos edificios, y quedó sepultada bajo sus ruinas gran parte de sus habitantes. **Nunca** pudo saberse la causa física y natural de este terremoto. Los más lo atribuyeron al vecino monte de Tungurahua reputándolo volcán, pero sin bastantes pruebas, y otras á la subterránea comunicación de volcanes distantes. Participaron en esta ocasión de los estragos, varias otras provincias retiradas, y aun la Capital de Quito, que padeció inmensamente, porque habiendo sentido también desde el principio los frecuentes temblores que antecedieron al terremoto, desfavorida la gente salió toda de la ciudad, sin quedar ni las religiosas, á buscar refugio en los campos. Fué extrema la consternación de todos, y fué inexplicable lo que padecieron con este motivo, pues era imposible que tanta gente pudiese proporcionarse la menor comodidad en el campo, desde donde veían que los movimientos de la tierra iba derribando las mejores fábricas, y entre ellas la más hermosa torre de San Agustín. Muchas casas cayeron á plomo, y las que no cayeron quedaron muy averiadas. En menos de dos años fué reedificada Quito con mejora al gusto moderno, y desde entonces nunca más ha sentido estragos fuertes por los terremotos: reedificada también la Villa de Riobamba con fábricas por lo común más bajas por precaución, juró por su principal protectora á la imagen de Nuestra Señora de Sicalpa que se

venera en su Santuario, media legua más arriba sobre una colina.

Este Prelado fundó el santuario ó iglesia del Quinche, adornándola con muchas alhajas de valor.

En el año de 1634, en el tercer día de pascua de la Navidad consagró en la iglesia de la Concepción por Obispo de Popayán, al Ilmo. Sr. Dr. D. Diego de Montoya.

El día 26 de mayo de 1645, murió la venerable sierva de Dios, Mariana de Jesús Paredes y Flores, azucena de Quito, á quien por veneración á sus virtudes, visitó S. S<sup>a</sup> Ilma. en su enfermedad y pontificó en su solemne entierro. Se dice que esta venerable virgen ofreció á Dios su vida para que salvara á Quito de los estragos del terremoto, y que á su intercesión se debió que no se arruinara en el que hubo en el mes de abril de 1645, un mes antes de su muerte.

Décimo Obispo.

El Ilmo. Sr. Dr. D. Agustín de Ugarte Sarabia, español; de Obispo de Arequipa, lo fué de Quito el año de 1646 en que se posesionó de su Sede, y murió el de 1650, habiendo gobernado sólo cuatro años.

En este tiempo fundó el Monasterio del Carmen antiguo en las casas que fueron de Mariana de Jesús, y mandó se enterrara su cadáver en su templo.

En 19 de enero de 1649, unos indios se robaron por la noche el Copón con las formas consagradas de la iglesia de Santa Clara, y las enterraron tras el Monasterio en la calle real. Por la mañana las gentes que pasaban observaron que un sin número de ormidas habían formado una especie de muro en forma de una perfecta Custodia. Llamó la atención tal prodigio, y registrado el sitio, encontraron en él las formas consagradas. Con este motivo, este Obispo mandó construir en ese sitio la Capilla de Jerusalén, que es conocida bulgarmente con el nombre de la Capilla del Robo.

Undécimo Obispo.

El Ilmo. Sr. Dr. D. Antonio de la Peña Montenegro, natural del Padrón de Galicia. Fué presentado pa-

ra Obispo de Quito el año de 1652. Gobernó con mucho acierto 36 años, contando con cinco que fué Presidente de esta Real Audiencia, Gobernador y Capitán General de esta provincia. Cercano á su muerte dió muchas limosnas, y falleció el 12 de mayo de 1688, de avanzada edad, ciego y postrado, después de haber hecho diez y seis visitas en su Diócesis.

Como Presidente mandó á hacer diez y seis pedreiros de bronce por la noticia que tuvo de que los ingleses se hallaban en la isla de Tumaco. Hizo alistamientos de gente, y mandó formar compañías de eclesiásticos y seculares, con la mira de defender toda la costa y la provincia.

El 27 de octubre de 1660, hizo otra erupción el volcán de Pichincha, arrojando piedras, fuego y ceniza en toda la comarca, extendiéndose hasta Popayán, Barbaças, Loja y Zaruma, y causando un fuerte temblor. El cielo se ennegreció, y la atmósfera se oscureció muchísimo, y por nuevo milagro de la Virgen de Mercedes aclaró y cesó la lluvia de ceniza. Con este motivo la Real Audiencia y Cabildo juraron hacerle anualmente su fiesta.

Fundó el monasterio de la Concepción de Ibarra, y cuatro Capellanías de Coro en la Catedral, con el fondo de cinco mil pesos, llamando con preferencia á sus paisanos los Gallegos.

El año de 1666 consagró la Catedral, é hizo la capilla de San Ildefonso, la sala capitular, y la sacristía: creó pertiguero y celador. En el mismo se fabricó la casa parroquial, y admirable templo de Guápulo á expensas de las limosnas que recogían los mayordomos de fábrica, de los devotos de la ciudad y de otras partes, cooperando con afán y anhelo por su parte el cura propio que lo fué el Dr. D. José Herrera y Cevallos.

En el año de 1686 fué Guayaquil repentinamente acometida por unos piratas franceses, que después de saquear la ciudad á su satisfacción, la incendiaron y se fueron. Los vecinos de Guayaquil sufrieron este mal, porque en lugar de prepararse para la defensa, y pedir auxilios al interior, la abandonaron retirándose por el río.

En su gobierno se establecieron dos medias raciones, y las tres canonjías de oposición.

Escribió la célebre obra titulada Itinerario para Párrocos de Indios.

### Duodécimo Obispo.

El Ilmo. Sr. Dr. D. Sancho de Andrade y Figueroa, natural de Coruña, siendo Obispo de Guamanga, vino á Quito de Auxiliar del Sr. Montenegro, y por su muerte ocupó en propiedad la silla el mismo año de 1688: gobernó su Diócesis en propiedad 19 años, y murió el 12 de mayo de 1707, de enfermedad natural, estando rezando el Rosario, á las dos de la tarde.

En su tiempo se empezó la frábrika de la capilla del Sagrario, y para ella dió este Prelado dos mil pesos.

Fabricó los tabernáculos de Santo Toribio, San Liborio y Nuestra Señora de la Nube, en memoria de haberse aparecido así á la parte de Guápulo, al tiempo de cantar el rosario por las calles, por la salud de este Prelado que se hallaba en peligro de muerte de una enfermedad. Esto acaeció el día 30 de diciembre de 1696 estando la procesión en el pretil de San Francisco, desde donde la vió el innumerable concurso, y está auténticamente justificado este milagro con el testimonio de los Sres. Presidente y Oidores, y de otras personas de respetabilidad que asistieron. Se hallaba pintado en un cuadro en un altar de la Catedral.

Este Sr. estrenó el Palacio Episcopal, y consagró por Obispo de la Concepción de Chile al Sr. Dr. Fray Martín de Hajar, Provincial de San Agustín de Quito.

En el año de 1699 á la una de la mañana del 29 de junio, hubo en Latacunga un horrible terremoto que destruyó sus edificios. Participaron de sus estragos Ambato, Mocha, Riobamba y Alausí, y siendo ésta la más distante fué la que más sufrió. Murieron bajo la ruínas cerca de ocho mil personas, que era algo más de la tercera parte de su población, que entonces ascendía á más de veintidos mil. Si no murieron más, fué porque siete años antes estaba pronosticado este terremoto por el Padre Cases, cuya virtud acreditada hacía que le dieran todo crédito, y desde entonces los vecinos de Latacunga dormían en sus solares bajo tiendas de campaña, particularmente las Carmelitas descalzas, que dormían en un huerto, lo que valió para que no muriera ninguna. Con este motivo fueron trasladadas á Quito, donde se conservan con el nombre de Carmelitas de la nueva fundación.

Este terrible movimiento de tierra fué causado por el gran monte Carahuairazo, muy vecino y competidor en la desmedida elevación del Chimborazo, fué antiquísimo volcán extinguido, siglos antes de la entrada de los españoles, en cuyo tiempo nunca hizo la menor demostración. Mas habiendo quedado todo hueco por dentro, sin conservarse en pie otra cosa que la superficie exterior toda cubierta de nieve, llegó á desquiciarse y caer todo dentro de la inmensa oquedad: de modo que se perdió enteramente á la vista, siendo necesario acercarse mucho para saber donde estaba, y observar las escarpadas peñas que quedaron de sus raíces. El haber ido cayendo aquella gran mole en sólo el espacio de un día, causó en todo él un continuado terremoto; y el haber caído dentro de su propio interior lleno de aguas muertas y betunes, obligó á que saliesen fuera á causar horrendas inundaciones.

La Villa de Riobamba que era una de las más inmediatas al Carahuairazo, fué la que menos sufrió en esta ocasión, porque no murió ninguno de sus habitantes; mas siendo forzoso hacer crecidos gastos para refaccionar los edificios, entraron sus vecinos en el pensamiento de trasladar la villa á otro lugar por mejorar de sitio y de clima, siendo muy frío, muy húmedo y salitroso el que tenían. Resolvieron trasladar la Villa á la inmediata llanura llamada antiguamente Liribamba y después Gatazo de clima muy benigno. Abrazaron con tanto empeño este proyecto, que al principio del siguiente año de 1700 delinearon la nueva Villa, y distribuyeron los cuarteles á proporción entre las familias. Dieron principio á las fábricas con grandísimo fervor y queriendo hacer el estreno de la villa antes de tiempo se transfirieron casi todos los vecinos haciendo provisionales habitaciones con maderos, tablas y colgaduras. Hallándose gustosísimos en aquella incomodidad por ir fabricando sus casas é iglesias con más brevedad, les sobrevino una noche una lluvia tan desecha que se inundó casi toda la llanura, cosa que nunca había sucedido, ni se imaginaba posible. Se vieron en grande consternación y en peligro de morir todos. Este fatal suceso les hizo volver á su antiguo sitio á refaccionar no solamente los quebrantos causados por el terremoto, sino también los que habían hecho ellos mismos desbaratando lo que había quedado.

Este Sr. fué nombrado Virrey del Perú, por ausen-

cia del Sr. Conde de la Monclova, y fué promovido al Arzobispado de Santa Fe, y no quiso aceptar ni uno ni otro cargo.

### Déimo tercero Obispo.

El Excmo. é Ilmo. Sr. Dr. D. Diego Ladrón de Guevara, natural de Cifuentes en Castilla, de Obispo de Huamanga vino á serlo de Quito el año de 1708, y el año de 1710 fué destinado á Virrey y Capitán General del Perú, al mismo tiempo que la Real Audiencia de Quito trataba de extrañarlo y ocuparle las temporalidades, pero no aceptó la promoción, y gobernó su Obispado diez años, concluyó renunciando la Mitra para volverse á España, y murió de camino en Méjico el año de 1718.

En 1709, Guayaquil fué tomada por Cliperton, famoso ladrón inglés. Acompañado éste de cuatro gatos, y sin más que un navío que robó en el mar del Sur, la tuvo aterrada por largo tiempo. Verdad es que la ciudad de Guayaquil fué vendida por su mismo Corregidor, pues que teniendo entonces sobrada gente y armas, no hizo la menor resistencia al pirata: lo dejó entrar en paz, hizo que se acuartelase en la iglesia parroquial; permitió que la profanasen con horrendas insolencias, y que saqueando la ciudad toda, sólo perdonaran su casa.

Era Cliperton discípulo de otro ladrón famoso Enrique Clerk, y merecía haber tenido el mismo fin que su maestro. Desde que los piratas ingleses tomaron la plaza de Panamá por declarada traición de quien debía guardarla, y saquearon sus grandes caudales, quedaron aficionados á enriquecerse á espensas de las costas del mar del Sur. Robando en Panamá grandes tesoros el año de 1670 repitieron sus tentativas. Salióles bien la de 1680 aunque fueron perseguidos por la armada de Lima, y regresaron á Lóndres cargando gruesos caudales. Volvieron á salir en 1682 de Jamaica bajo la dirección de Clerk, y pasando éste por el Cabo de Hornos, á espiar las costas del Perú, fué cogido en Valdivia, sin que le valiesen sus astucias, y conducido á Lima pagó los robos que había hecho en el tormento del garrote.

### Décimo cuarto Obispo.

El Ilmo. Sr. Dr. D. Luis Romero, natural de Chile, ascendió á Obispo de Quito el año de 1719, y el de 1726

pasó al Obispado de Charcas. Gobernó la Diócesis siete años, y en uno de ellos mandó construir en la Catedral un altar en honor de los dos Santos niños mártires Justo y Pastor.

#### Décimo quinto Obispo.

El Ilmo. Sr. Dr. D. Juan de Escandón, Clérigo regular de San Cayetano; de Obispo electo de la Imperial de Chile, fué promovido al Obispado de Quito, del que no tomó posesión por su inmediato ascenso al Arzobispado de Lima el año de 1732.

#### Décimo sexto Obispo.

El Ilmo. Sr. Dr. D. Juan Gómez Frías, natural de la Villa de Sevollas en el Arzobispado de Toledo. De Obispo de Popayán ascendió al de Quito el año de 1726 y murió el de 1729, habiendo gobernado tres años su Diócesis. No hay nada que decir de este tiempo.

#### Décimo séptimo Obispo.

El Ilmo. Sr. Dr. D. Juan Andrés Paredes y Armendaris, natural de Lima. Siendo su padre D. Nicolás Paredes y Polanco, Fiscal de la Real Audiencia de Quito: estudió gramática en esta ciudad.

Fué electo Obispo de la Concepción de Chile el año de 1734 ascendió á Obispo de Quito. Gobernó esta Diócesis once años con blandura, benignidad y tino. Tan limosnero que se desnudaba por vestir á los pobres. Fué Prelado muy celoso de la gloria de Dios, y gran defensor de los derechos de su dignidad.

El año de 1745 murió en el pueblo de Sangolquí de donde condujeron su cadáver á sepultarlo en la iglesia Catedral, y su corazón en el Monasterio de Carmelitas de la nueva fundación, llamado comunmente Carmen bajo.

En 1736 por noviembre vinieron dos académicos de París para observar los grados terrestres bajo el Ecuador, y determinar por ellos la verdadera figura de la tierra. En una llanura inmediata al pueblo de Yaruquíes situado bajo la línea fué donde los académicos levantaron dos obeliscos ó pirámides para que sirviesen de términos fijos

á la basa fundamental de todas las operaciones. Las inscripciones de dichas pirámides grabadas en mármol dieron motivo á varios disgustos, porque los dos académicos españoles que fueron con ellos, se quejaron por contener expresiones indecorosas, no sólo á la Nación sino también al Soberano. Pidieron cortesmente que fuesen corregidas y mudadas aquellas inscripciones, y no habiéndolo conseguido, dieron formal querrela á la Real Audiencia de Quito. Expidió este decreto para que no sólo fuesen quitadas las inscripciones, si también demolidas las pirámides, como se ejecutó al instante. Apelaron los franceses á la Corte, donde no dudaron salir triunfantes con el favor del Sr. Felipe 5º, más se engañaron porque aprobó todo lo obrado, á pesar de que habían corregido y variado las inscripciones.

En el año de 1742 á 6 de julio, después de otras dos erupciones anteriores en 1532 y en 1533, que no se han relacionado por no estar aquel tiempo comprendido en esta narración, hizo el famoso Cotopaxi su tercera explosión. Quiso darse á conocer después de tantos años, mucho más famoso y terrible que los Etnas y los Vesubios. Se halla á ocho leguas de Latacunga. Dió principios con espantosos y continuados bramidos, y arrojando pirámides de humo denso que se elevaba sobre las nubes: fenómeno que se ha observado hasta estos últimos tiempos aun cuando no hace erupción ninguna. Arrojó lenguas de fuego y peñascos encendidos: no hizo daño particular por terremotos, pero sí mucho con la avenida de aguas que robaron muchas haciendas, ganados, molinos, y algunas casas del barrio que llaman caliente del asiento de Latacunga. Las cenizas, arena y piedra menuda ocuparon muchos centenares de leguas en circunferencia, circunstancia observada siempre en sus erupciones; la abundancia del agua sólo puede compararse con la inmensidad de la del mar.

Por abril de 1743 hizo la cuarta: fué precedida no solamente de bramidos é incendios por la boca, sino también del fenómeno más raro que se observó en todo el monte. Dejóse ver todo interiormente encendido, no de otra suerte, que un faro transpirando por millares de grietas y aberturas, las interiores llamas. Tampoco causó terremoto, y la grande erupción que hizo de sólo agua, causó menores daños que la vez pasada, por estar retira-

do con tiempo de las haciendas los ganados que pacían en las inmediaciones de las quebradas y ríos.

La quinta erupción, mucho mayor que las anteriores, fué á las siete y media de la noche del 30 de noviembre de 1744 sin causar el más pequeño temblor. La portentosa é increíble inundación de agua que arrojó continuamente toda la noche, hizo creer que toda la nieve se había deshecho por haberse caldeado interiormente el monte, y porque se dejó ver al otro día todo limpio de ella. Discurso no de filosofía, sino de ignorantes, pues ni toda la nieve deshecha era capás de hacer una milésima parte de las aguas que arrojó, ni éstas se hubieran derramado sólo por una parte como lo hicieron, sino en circunferencia por todas partes. Salieron del error cuando sobreviendo las aguas, ó lluvias, se labó el monte de la ceniza y arena que lo cubría, y descubrió toda la nieve empedernida, á excepción de la gran calle que abrió la avenida desde la boca en la cúspide hasta su pie. Era este cauce tan profundo y ancho que tenía más de una legua, el cual no se vistió de nieve en algunos años, como lo observó personalmente el Padre Velasco que lo anduvo hasta cerca de la mitad.

Bajando el agua por aquel cauce, formó al pie un mar mediterráneo de muchas leguas profundísimo entre montañas y cordilleras con estrechos desahogos. Desde aquí se dividió rompiendo nuevos desagües por tres partes distintas: por el Norte, uniéndose al río Pedregal, y siguiendo por Guailabamba, cuyo hermoso puente se llevó, y el Esmeraldas á desaguar al mar del Sur: por el Oriente, tirando por el Napo, cuyo primer origen es el mismo Cotopaxi, á desaguar muy abujo del Marañón; y por el Sur, siguiendo el río Alagues, San Felipe, y Pastaza, á desaguar mucho más arriba del mismo Marañón. La parte del Sur que corrió por el Alagues á Latacunga, no fué la mayor de las tres, y ocupó no obstante una legua de anchura en terreno quebrado y profundo. Subió su inundación hasta la plaza mayor de Latacunga, y tuvo rodeadas todas las casas, entrándose á éllas por las puertas y ventanas, dejando en las calles grandes pedrones de yelo arrancados al bajar del monte: fué tanta la ceniza, arena, y piedra menuda que cayó aquella noche, que se desgajaron las ramas de los árboles más robustos, quedando profundamente sepultados todos los sembrados. Los cau-

ces por donde corrían las avenidas, quedaron cubiertos de piedra, en parte negra y en parte calcinada. Más el fenómeno entre todos raro fué no sentirse en Latacunga temblores, ni ruido subterráneo, siendo así que se sintieron ambos efectos por más de doscientas leguas de distancia. Tres días después de esta avenida, siguió la mayor consternación, porque obscureciéndose repentinamente toda la atmósfera, desde la una de la tarde, no podían distinguirse las personas unas á otras estando juntas, y permaneció esta gran lobrecidad, en que no servían ni los faroles, hasta el siguiente día. La parte de avenida que tiró por el Oriente y el origen del Napo, llegó á su puerto en poquísimas horas. Los habitantes del pueblo, luego que oyeron el rumor huyeron algunos á una inmediata altura, más los que no huyeron fueron sumergidos y arrebatados con todo el pueblo, sin que de éste quedase el menor vestigio.

En el año de 1744 en que entró al Sur el Almirante Anzón y saqueó varios puertos, después de apresar la riquísima Nave cargada de la China, sólo llegó al vecino puerto de Paita y lo dejó reducido á cenizas. Su intento declarado fué pasar á Guayaquil, y se detuvo esperando el aviso de su secreto corresponsal. Estaba entonces la plaza en buen estado de defensa esperando al Pirata. La tenía prevenida el Sr. Araujo Presidente de la Real Audiencia, con numerosa tropa de Quito, con tres fuertes á la entrada del río, y otro en el torrente de Ciudad vieja, cada uno con veinte piezas de artillería, y la ciudad bien prevenida y provista de todo lo necesario para su defensa. Con el aviso que de todo tuvo el Pirata de la misma ciudad, se acobardó de modo que variando de rumbo se fué á buscar fortuna por otras partes.

En el año de 1746 á 10 de febrero hizo Cotopaxi la sexta explosión. Parece increíble que en poco más de un año pudiese nuevamente recoger tantos materiales. La inundación corrió por la parte de Latacunga, causando los mismos estragos que en la vez pasada: no sólo subió como entonces hasta la plaza mayor, sino que se robó todo el barrio caliente. La imaginación de los hombres se atormentaba por investigar ó descubrir de donde saliese de golpe la inmensidad de tantas aguas. Es cierto que á pesar de ser uno de los mayores y más elevados montes americanos, no sería capaz de contener una centésima

parte de la agua que ha arrojado en cada erupción, y es también cierto que todo su yelo deshecho no podría causar este efecto.

El Padre Velasco dice, que es y será siempre del dictámen de que aquellas aguas fueron del mar, atraídas por los anchurosos conductos subterráneos con poca filtración, según se demostraba por el color y gusto de éllas, y que la causa de esta atracción violenta. no es otra que la rarefacción del aire en la oquedad del monte. Poca filosofía se requiere para comprender este mecanismo de la naturaleza, y basta el ejemplo de una eslipila, que con calentarla al fuego, despide el agua por la boca con violencia. La interior oquedad del monte que se debe suponer inmensa por arrojar tantos materiales, caliente y caldeada como un horno queda con el aire muy enrarecido, sin que éste pueda entrar por la boca, ocupada por las llamas y denso humo. De aquí es que la interior rarefacción del aire causa la violenta atracción de las aguas por las ocultas venas más y más anchas por la continuación; y de aquí el que absorban los volcanes por éllas no solamente aguas y cuerpos marinos, sino talvez naves deshechas como refieren las historias.

#### Décimo octavo Obispo.

El Ilmo. S. Dr. D. Juan Nieto, Polo de Aguila, natural de Popayán. Fué colegial del Seminario de San Luis de Quito. De Obispo de Santa Marta fué ascendido á Quito el año de 1749: murió á los diez años el de 1759.

En el año de 1764 á 8 de noviembre, Guayaquil que siempre ha sufrido por incendios en razón de ser todas sus casas de sólo madera, tuvo una quema general, con la cual quedó consumida la ciudad. La pérdida se graduó en dos millones de pesos.

En este mismo año hubo en Riobamba una sublevación de indios, causada por la nueva numeración que se dispuso hacer de ellos, no se sabe con qué objeto. Fué comisionado para hacerla D. Felix Llanos, Oidor de la Real Audiencia de Quito. Este asunto alteró tanto los ánimos de los indígenas, que á pesar de haber sido siempre los más fieles y sumisos desde la conquista, el comisionado tuvo que salvarse refugiándose en el Colegio de

Jesuitas, de don huyó disfrazado, saliendo del lugar por la noche. Duró el tumulto algunos meses, cometiendo muchos atentados y tiranías con los españoles y sus mujeres que no pudieron emigrar hasta que la Real Audiencia revocó la providencia dictada. Entonces los indios quedaron en perfecta tranquilidad.

En 1759 hubo una terrible epidemia en Quito y sus provincias. Se reducía á una repentina y violenta fiebre con mucho dolor de cabeza, á que se seguía la palidez de muerte y la suma flojedad de todos los nervios. Apenas se computaba una de cada mil personas que se librasen de élla; pero con la felicidad de que respectivamente fuesen pocos los muertos, porque se descubrieron algunos remedios oportunos y eficaces, especialmente el uso de la nieve, con que se salvaron casi todos los Españoles; mas no así los Indianos en quienes se cebó con mayor fuerza por falta de auxilios, de los que murieron hasta diez mil en la ciudad, y de ellos quedaron asolados los pueblos de la comarca, porque cayendo á un tiempo casi todas las personas de una casa, no podían socorrerse unas á ótras, y morían todas, no tanto por la fuerza del accidente, cuanto por la falta de asistencia.

El día 28 de abril de 1755 hubo otro terremoto en Quito con un largo y fuerte movimiento de la tierra, al cual fueron sucediendo en diversos días otras convulsiones mucho más fuertes. Despavorida la gente salió toda de la ciudad, sin quedar ni las religiosas de los monasterios, por buscar refugio en los campos y otros lugares á gran distancia. Fué extrema la consternación de todos, y fué inexplicable lo que padecieron en todas líneas, viviendo á toda inclemencia por los caminos y despoblados; agregándose el gran susto que tenían al ver desde las alturas inmediatas ir cayendo poco á poco los mejores edificios de la ciudad. Como los primeros temblores no causaron mayor estrago, murieron sólo siete personas. No pudo saberse con certeza la causa de estos terremotos, si bien se suponía no estar muy distante por las grandes aberturas que se abrieron en los montes inmediatos.

#### Décimo noveno Obispo.

El Ilmo. Sr. Dr. D. Pedro Ponce y Carrasco, natural de la Puebla de Guzmán, en el Arzobispado de Sevi-

lla. De Obispo auxiliar de Cuba con el título de Adramite *in partibus in fidelium* vino á ocupar la Silla de Quito, el año de 1764, y murió el 1775, habiendo gobernado once años.

En el año de 1765, al año de su entrada, fué la sublevación de la plebe quiteña á causa del establecimiento de la Aduana y Administración de aguardientes.

Para inteligencia del lector debe saberse, que veinte años antes se impuso el Real estanco de aguardientes, que nunca lo hubo, para fabricar con su producto el nuevo palacio. Corrió no de cuenta del Rey, sino de particulares pagando éstos cada ocho años ochenta mil pesos fuertes que era la postura en que se había rematado.

Concluído el palacio prosiguió el estanco sin novedad alguna, hasta que se puso de cuenta del Rey, juntamente con la Aduana. Sintieron esta novedad únicamente aquellos que se habían interezado antes en las ganancias; mas el resto del pueblo vió el estanco de cuenta del Soberano, no sólo con indiferencia, sino talvez con gusto.

Mandó el Virrey de Santa Fé por comisionado á Quito para establecer el Real estanco y Aduana á un José de Herrera. Llegando éste á principios del año, tomó de cuenta del Rey una buena casa en el barrio de Santa Bárbara: nombró por sustituto suyo á un europeo que vivía en Quito, y tomó por ministriles varios de la hez del pueblo sin conocimiento de su conducta. Estos comenzaron hacer mil extorsiones con los infelices y desvalidos, excluyendo á los nobles, imponiéndoles gravámenes hasta en los ajuares, de modo que los hizo abandonar sus pobres casas. Sufrían esta crueldad con paciencia por ser á nombre del Soberano, hasta que manos ocultas por sus fines particulares promovieron un tumulto regando secretamente dinero y promesas. La noche del dos de mayo asaltaron la casa como setenta personas, los más de oficio carniceros y otros enmascarados. El Administrador huyó por las paredes y se dirigió á Santa Fé, y el Contador á Lima. Destruyeron la casa y utensilios de élla, haciendo correr por el suelo todo el aguardiente que encontraron, salvando el dinero y alhajas que pusieron en manos de la justicia. A la novedad acudió todo el pueblo, que se retiró luego que vieron cumplido su deseo, quedando la ciudad tranquila. A los dos meses de este

acontecimiento, empezó á rugirse que la plebe maquinaba y disponía una gran sublevación, reuniéndose en diversas partes. Fueron algunos de opinión que convenía entablar rondas ó patrullas para castigar la insolencia de los mestizos. La providencia era buena; mas no había ni sombra de tal conspiración. Lo peor fué, que los que obtuvieron la comisión del gobierno, tuvieron la imprudencia de reunir para la ronda á sólo europeos, sin decir nada á los nobles patricios.

Bien unidos y bien armados como 300 europeos, la noche del 21 de julio se distribuyeron en patrullas por toda la ciudad: no hallaron el menor indicio de conjuración. Los que tomaron por la calle del Mezón, encontraron una reunión de algunos mestizos que estaban en un festejo particular, y entre ellos una mujer blanca, á quien la azotaron en la esquina de la misma calle. Mostraron los mestizos mucho sentimiento por esa acción indecorosa, y haciendo fuego por eso los europeos mataron á cuatro de los mestizos. Este fué el hecho porque toda la plebe irritada se resolvió al verdadero tumulto, no contra el gobierno, ni contra las soberanas disposiciones, sino contra los que habían salido en aquella ronda, á quienes los tuvieron siempre por sus verdaderos enemigos.

Tratado el negocio entre los mestizos de alguna consecuencia, resolvieron mandar una diputación á casa de D. Manuel Ponce Guerrero, Conde de Selvaflorida, patricio de Quito, hombre pacífico, justo y muy amado de la plebe. Pidiéronle que los protegiese, y los dirigiese como cabeza para la acción que estaban resueltos contra los europeos. El Conde con suavidad y eficacia procuró disuadirlos del temerario intento, y hallándolos pertinaces les dijo, que antes moriría y daría mil vidas que concurrir á semejante cosa. No encontrando cooperación del Conde, se unieron precipitadamente en gran número, el 21 de junio, y sin más armas que lanzas, palos y piedras, marcharon en confuso tropel, mezclados con sus mujeres, gritando viva el Rey, y mueran los pícaros chape-tones; y no encontrando á las personas, porque todas se escondieron, desfogaron con las casas haciendo en ellas cuantos daños pudieron. Al día siguiente mandó la Real Audiencia sacar las piezas de artillería y fortificar con ellas el pretil del Palacio, y obligó á defenderlo á todos los europeos españoles y americanos, sin exceptuar ni á

los colegiales de San Luis. Acometieron los sublevados al pretil en tropel, sin más armas que las dichas, repitiendo momentáneamente sus esfuerzos por cuatro días consecutivos, hasta que á los cuatro días, después de muchos muertos lograron apoderarse del pretil, de la artillería, y de toda la ciudad.

Algunos Oidores con los que pudieron disfrazados, huyeron para Santa Fé, y los demás se ocultaron en el monasterio de la Concepción. Allí se juntaban para tomar algunas providencias en orden á condescender con cuanto pidiese la plebe. Nombraron para cada barrio un caballero patricio de los más bien vistos en la ciudad, quienes juntándose con los Jesuitas trabajaron inmensamente para apaciguarlos. Los mestizos plantaron orcas en la plaza. Lo consiguieron al cabo de dos meses con la condición de que la Real Audiencia había de dar un decreto de destierro para todos los chapetones. Así lo hizo la Audiencia que no estaba para disgustar al pueblo, con lo que quedó todo tranquilo. Los mestizos para manifestar su sumisión al Soberano, plantearon ellos mismos una aduana y estanco de aguardientes, haciéndolas producir más que antes; en cuyo estado sabiendo el Virrey de Santa Fé lo ocurrido, mandó pasar de Panamá y Guayaquil setecientos hombres, al mando de su Gobernador Dr. Antonio de Selaya, al que se agregaron más de cuatrocientos de los que fugaron y desterraron de Quito. Esta circunstancia que podía haber sido nociva, nada alteró la paz establecida. Fueron todos igualmente recibidos con fiestas, músicas, regocijos y arcos triunfales.

En 1766, á 10 de febrero, Cotopaxi hizo su séptima erupción, igual ó mayor que las pasadas. La inundación causó menos estragos, porque no halló sino ruínas en Latacunga y desiertos en sus campos. Subió el agua como otras veces hasta la plaza mayor, y se llevó las reliquias que habían quedado en el barrio caliente. Después de un desahogo tan grande, los bramidos, continuas lenguas de fuego envueltas en denso humo, y amenazas, no cesaron hasta fines de aquel año.

En 20 de agosto de 1767, fué la expatriación de los Jesuitas dispuesta por el Sr. Carlo 3<sup>o</sup>. Este buen Monarca persuadido ó engañado por informes siniestros de que los Padres de la Compañía de Jesús podían ser perjudiciales á la Corona, por el grande influjo y grandes

riquezas que habían adquirido, entró en recelos y extinguió este benéfico y útil instituto. No es facil significar el ascendiente que los Jesuitas tenían en los pueblos, debido á su dedicación al culto Divino, á su ministerio, al afán y esmero con que educaban la juventud, y protegían á los menesterosos, con el que trabajan por la paz alterada en las familias; y en fin se puede decir sin temor de ser exagerado, que por sus virtudes y por su benevolencia eran idolatrados por los pueblos. Se dice vulgarmente que los trabajos y desgracias sobrevenidas á la monarquía española en los posteriores tiempos es castigo de Dios, por la expulsión de los Jesuitas, y ocupación de todos sus bienes y temporalidades de que se apropió el Rey. (2)

En 1777 á 22 de febrero, después que Latacunga había hecho miles de esfuerzos y sacrificios para reponer lo perdido en los anteriores terremotos y erupciones de Cotopaxi, sobrevino un nuevo terremoto. Era el último día de carnaval, y se acababa de predicar un sermón en la iglesia del Noviciado de Jesuitas, con el Sacramento patente por el Jubileo de las cuarenta horas que se hacía en dicho templo, por ser el mejor de todo el Reino, todo de piedra entallada con cúpula y tres naves. Sólo duró un momento el temblor de tierra, pero de tan violenta fuerza que cayó esta iglesia dejando oprimidos bajo de élla, más de doscientas personas que no habían salido concluído el sermón. Sólo quedó en pie el altar mayor con el Sacramento patente y las ceras encendidas é inmovibles. Cayó toda la bellísima fábrica nueva hecha sobre el Noviciado, quedando éste en pie aunque del todo inservible. Murieron oprimidos en este lugar dos Sacerdotes, con el que acababa de predicar, y dos estudiantes. Cayeron en el lugar á plomo todas las iglesias, conventos de regulares y casas, que aunque bajas, regularmente por temor de los temblores y terremotos, no dejaron de matar más de doscientas personas que murieron en las calles y casas, de modo que pasaron de cuatrocientos los muertos. Este terremoto fué precedido como siempre de bramidos de Cotopaxi, y de ruidos subterráneos que antecedieron por seis meses; pero en esta ocasión no hubo erupción alguna del volcán.

(Continuará).